

Aproximaciones a las teorías del *care*. Debates pasados. Propuestas recientes en torno al *care* como trabajo

*Natacha Borgeaud-Garciandía**

Introducción

En este artículo recorreremos un camino que nos lleva de las teorías dichas del *care* hacia algunas perspectivas pluridisciplinarias actuales que, en Francia, intentan asociar directamente el *care* a una actividad laboral. La obra fundadora de Carol Gilligan *In a different voice* (1982), que cuestiona la universalidad de las teorías morales desde la psicología, jugó de detonante dentro de perspectivas feministas, tanto en filosofía moral como en psicología, y más recientemente en sociología. Sus interpretaciones dieron lugar a importantes debates, en particular en torno a la dicotomía -cuestionada- entre una teoría de la justicia (universal y masculina) y una ética del cuidado (femenina y marcada por la proximidad al otro), y en torno a la asociación esencialista entre el *care* y una moral propiamente femenina. Estos debates le dieron a la teoría del *care* un impulso importante en el mundo intelectual (sobretudo feminista) estadounidense. En países europeos como Francia, los medios académicos se mantuvieron, hasta épocas muy recientes, alejados de este movimiento. Actualmente algunos autores buscan retomar las perspectivas del *care*, no tanto en su dimensión propiamente ética y moral sino como perspectiva operativa para analizar el tema de la distribución de las “tareas del cuidado”, por ejemplo del cuidado a domicilio de personas vulnerables que, en esos países, tiende a desarrollarse respondiendo a exigencias demográficas, sociales, y de políticas sociales y de empleo.

Recibido: 12/08/09 - Aprobado: 04/02/10

Flasco/Conicet Argentina - Flasco : Ayacucho 555 - C1026AAC Ciudad Autónoma de Buenos Aires - Argentina - Teléfono: (0054) (11) 4867 0499 - Mail: natachbg@gmail.com

En un primer tiempo, y a modo de introducción necesaria y específica a los temas desarrollados, proponemos unas consideraciones sobre la polisemia significativa del término *care* y de sus traducciones (polisemia que ilustra la diversidad de sus sentidos, particularmente interesante desde la perspectiva laboral) acompañadas de una breve presentación del estudio pionero de C. Gilligan que marcó el primer paso de estas teorías. En un segundo tiempo, retomamos algunas de las perspectivas importantes que, al cruce de la justicia y del género, marcaron parte de sus desarrollos. Lo ilustramos con autores que, en vez de separar la ética del *care* de la ética de la justicia, buscan cómo articular ambos criterios éticos. El ejemplo central desarrollado retoma la lectura que ofrece Susan Moller Okin de la teoría de la justicia de John Rawls (1971), siendo nuestro propósito simplemente señalar la profundidad de los debates que no sólo buscan dejarle un espacio a expresiones asociadas a las mujeres o a los grupos dominados, sino que permiten replantear los esquemas, ya sea de la justicia o de la democracia¹, en los cuales nos manejamos de forma tal que nos parecen naturales. Finalmente, en una tercera parte, repasamos algunos de los desarrollos actuales de las teorías del *care* en Francia alrededor de una problemática ligada centralmente al trabajo, desde una perspectiva sociológica abocada a la interdisciplinariedad. Pensar el conjunto de actividades analizado por el *care* como *trabajo* introduce en su discusión las dimensiones de género, clase y “raza” y sus imbricaciones mutuas (Elsa Dorlin), así como un trabajo de la dependencia, que impone el reconocimiento de la vulnerabilidad como rasgo humano (Patricia Paperman); trabajo que ha de ser descrito, teorizado y formalizado, cuyo desempeño se caracteriza por su fuerte e inherente invisibilidad pública (Pascale Molinier).

1. Observaciones preliminares

Lo primero que interpela todo aquel, o aquella, que se acerca por primera vez a las teorías del *care*, es la diversidad de perspectivas y disciplinas que abarca, así como la extrema polisemia de la palabra *care*. Si los debates en torno al *care* nacen dentro de la psicología moral, pronto se expanden y penetran la filosofía moral y política, y más recientemente la sociología y la psicología del trabajo mediante la psicodinámica del trabajo (Dejours, 2000; Molinier, 2008). A través de ese desarrollo, nace una tensión que atraviesa el concepto de *care* entre formas de abarcarlo y entenderlo, ya sea como disposición moral o como práctica.

De la polisemia del vocablo y la búsqueda de traducciones adecuadas aparecen elementos particularmente interesantes. Así, en español, contamos con el verbo “cuidar” -no es el caso, por ejemplo, del francés-

1 Por ejemplo, Joan Tronto (1993) para quien pensar el *care* está en parte determinado por el contexto ideológico, político y conlleva la necesidad de modificar nuestra percepción de lo político, de sus objetos y de nuestras formas de acción.

Sin embargo, aunque esta traducción refleje la diversidad de realidades, exigencias o actitudes a las que remite el “care”, se trata de una “falsa facilidad”. Lo primero que podemos notar es que la palabra cuidar, si bien tendemos a asociarle instintivamente una dimensión afectiva, proviene del latín *cogitāre*, que significa pensar (remitiendo entonces a su dimensión cognitiva). Y, efectivamente, aparecen alternativamente estas dos dimensiones, así como su dimensión práctica, en las definiciones de “cuidar” o del “cuidado”: la solicitud y la atención, la asistencia, la conservación y la preocupación². Esta ambigüedad propia del término *care* y de sus diversas dimensiones se ve nuevamente acentuada con las traducciones de las expresiones inglesas: la palabra “care” abarca las ideas de cuidado, de inquietud y de cargo; “to care about” puede ser “preocuparse por” o “tener cariño a”; “to care for” es “cuidar a” o “querer”, “to take care of” es “cuidar de” mientras “to take care to” es “cuidarse de” (cuidar y cuidarse: ambas ideas que hemos de recordar cuando estudiamos lo que podemos llamar el “trabajo del care”)³. Estas tres dimensiones, cognitiva, afectiva y práctica, remiten a problemáticas esenciales en el estudio del trabajo del *care*. Asimismo, echar una mirada del lado de las posibles traducciones en francés no resulta inútil en tanto no existe, en ese idioma, término que corresponda exactamente a la palabra inglesa “care”; hecho que, al obligarnos a buscar un término apropiado, nos confronta directamente a la multiplicidad de sus sentidos. Así, la “solicitud” (*la sollicitude*), la “atención” (*l’attention*), la “compasión” (*la compassion*), la “preocupación” (*le souci*) o el “cuidado” (*le soin*, entendido en relación directa con la salud) son algunas de las expresiones que, cuando no se retoma directamente la palabra inglesa, sirven alternativamente para expresar la idea del *care* y evocan sus diversas dimensiones así como las del trabajo de cuidador. Este ejercicio de vocabulario alrededor del término “care” y de sus posibles traducciones resulta instructivo: además de revelar la multiplicidad de sus significados y algunas de sus dimensiones más importantes para la perspectiva aquí escogida, la búsqueda idiomática sostiene y legitima nuestra decisión de mantener el término inglés a lo largo de este artículo.

El concepto de *care* fue introducido en la psicología moral por Carol Gilligan a partir del estudio que dio nacimiento a su libro *In a different voice* (1982), libro fundador para estas teorías. Carol Gilligan, colega de Lawrence Kohlberg, contesta la primacía del esquema de desarrollo moral analizado por este último y por el cual el proceso de desarrollo moral de un individuo sigue estratos jerárquicamente organizados que corresponden a diferentes niveles del razonamiento moral. El individuo plenamente moral será aquel capaz de evaluar las situaciones morales problemáticas de manera imparcial y que actúe siguiendo principios universales. Siguiendo estas investigaciones, aparece que las mujeres se encuen-

2 Diccionario de la Real Academia Española.

3 Collins (2003), Diccionario Inglés-Español, Buenos Aires, Grijalbo.

tran a niveles de desarrollo moral inferior a los de los hombres, observación que lleva a C. Gilligan a buscar si no existe, en este esquema, una traba implícita de género. En sus propios análisis, C. Gilligan observa que las mujeres definen y afrontan los problemas morales de otra manera que los hombres, e introduce la idea según la cual mujeres y hombres no siguen el mismo camino en su desarrollo moral. Según la autora, en la introducción de su libro: “La disparidad entre la experiencia de las mujeres y el modelo de desarrollo humano (...) es generalmente considerado como el síntoma de un problema inherente al desarrollo de las mujeres. Podemos concebir otra hipótesis: las dificultades que sienten las mujeres de conformarse a los modelos establecidos de desarrollo humano, indica que, quizás, exista un problema de representación, una concepción incompleta de la condición humana, el olvido de ciertas verdades sobre la vida”⁴ (Gilligan, 2008:12). Existe una “voz diferente” a la voz identificada por L. Kohlberg, que le otorga mayor importancia al contexto relacional, a la preocupación por el “otro” y a la responsabilidad, particularmente cuando intervienen en relaciones interpersonales. Esta voz diferente expresa una *ética del care* que se opone en sus diversas dimensiones a la *ética de la justicia* ilustrada por los trabajos de L. Kohlberg. Los trabajos de C. Gilligan no fueron exentos de críticas, tanto en el plano metodológico como desde la falta de perspectiva socio-histórica, y fueron estas críticas las que le dieron un importante impulso a los desarrollos ulteriores de las teorías del *care*.

Sin embargo, mientras la actividad que se desarrollaba en torno a esas teorías gozaba de un importante auge en los Estados-Unidos, feministas y académicos de países europeos, y particularmente de Francia, se mantuvieron alejados de ellas, oponiéndoles o indiferencia o un fuerte escepticismo. En 2005, dos autoras, Patricia Paperman y Sandra Laugier, deciden “presentar la ética del *care*” al público académico francés, a través de la compilación y traducción de importantes contribuciones a estas teorías, tanto clásicas como más recientes (Laugier y Paperman, 2005). Tal ambición se traduce por un libro voluminoso, compuesto por varios artículos, que retoman, cada uno desde su propia perspectiva pero de manera complementaria, las problemáticas esenciales en términos de *care* tanto en el ámbito del género, de la justicia, de su *naturaleza* filosófica, como desde una perspectiva más sociológica que asocia el reconocimiento de la vulnerabilidad humana a la práctica del *care*. Tras la publicación de esa compilación, aparece, en el año 2008, una nueva traducción del libro de Carol Gilligan⁵, junto a otras traducciones de con-

4 Todas las traducciones al español son traducciones libres realizadas por la autora del artículo.

5 El libro de Carol Gilligan fue traducido al francés y publicado por las ediciones Flammarion una primera vez, en 1986, con el título «Une si grande différence» y nuevamente en 2008, esta vez con el título *Une voix différente. Pour une éthique du care*.

tribuciones importantes como las de Joan Tronto (2009) o Susan Moller Okin (2008).

El escollo mayor que se desprende de los trabajos de C. Gilligan, o de sus interpretaciones, que cristalizó críticas, reflexiones y desarrollos del *care*, está ligado a su naturalización en la psicología femenina. Dicho de otra manera, la “voz diferente” proviene de una diferencia de género desde una perspectiva esencialista que la asocia directamente al sujeto femenino⁶. Según Marie Garrau, de tal problemática surgen dos preguntas centrales a las cuales debe responder una ética del *care* pensada dentro de una perspectiva feminista -y no *femenina*-: *¿Cómo puede una ética del care prevenir la reconducción de estereotipos que asignaron las mujeres a un rol subalterno al mismo tiempo que reconoce el valor de ciertas prácticas y actitudes? ¿Cómo podemos evitar confinar el care a la esfera de las relaciones privadas y explotar la crítica que la “voz diferente” permitió realizar en contra de las teorías morales tradicionales?* Estas dos preguntas, especifica M. Garrau, atraviesan los trabajos de la segunda generación de teóricas del *care* y marcan su apertura hacia otras disciplinas que la psicología moral (Garrau, 2008). Otro escollo importante ligado a la propuesta de C. Gilligan concierne la disociación entre una ética de la justicia (universalista, imparcial, dominante y masculina) y una ética del *care* marcada por la proximidad, donde la sensibilidad y la preocupación por los otros tendrían su lugar, y de corte femenino. La relación entre *care* y justicia constituyó en gran medida una reflexión alrededor de la obra de John Rawls.

2. Ética del *care* versus ética de la justicia

Desde la perspectiva de la justicia, el aporte de Susan Moller Okin representa una aproximación feminista posible a la teoría de la justicia de John Rawls, la cual inspiró profundamente la reflexión moral y política contemporánea (Okin, 1989). No es la única. Otra autora como Nancy Fraser también analizó el enfoque liberal de la justicia desde el doble punto de vista de la distribución y del reconocimiento (Fraser, 2005). Volviendo al análisis de Susan Moller Okin, el problema, según esta autora, reside menos en la distinción entre ética de la justicia y ética del *care*, que en la manera en que la justicia social se ve afectada por presupuestos en práctica en una sociedad cuya estructura está profundamente marcada por el género. En la parte siguiente, veremos que Marilyn Friedman propone un enfoque similar cuando analiza la “moralización” de los géneros.

6 Según Gilligan, estas críticas provienen de una lectura errónea de su enfoque, así “A partir del momento que queda claro que la voz diferente es una voz relacional que resiste a las jerarquías patriarcales, podemos entender las razones de los diversos errores de comprensión y de traducción de mi trabajo y ver que estas interpretaciones erróneas reflejan la asimilación de mi trabajo precisamente a las normas y valores de género que criticaba” (Molinier y Paperman, 2009).

En lugar de rechazar la teoría de la justicia de J. Rawls, S. M. Okin propone analizar los presupuestos de género que la sostienen. Su lectura la llevará a poner en el centro de su análisis de la justicia, el tema de la justicia en el seno de la familia (tema que, a su vez, es ampliamente desarrollado por Claude Gautier, como lo veremos más adelante).

Según S. M. Okin, aunque la herencia kantiana en la teoría de la justicia sea innegable (ya sea en la autonomía y en la racionalidad que definen los sujetos sociales, o en la negación de los sentimientos en la formulación de los principios morales), la racionalidad no constituye, en el análisis de J. Rawls, una base suficiente para fundar una teoría de la justicia. El desarrollo moral del niño, que se realiza en el seno de su familia, aparece como una condición para la adquisición del sentido de la justicia. Para ello, el amor de los padres (ausente para Kant) juega un rol fundamental en tanto que sostiene la capacidad del niño de desarrollar su autoestima; niño que será, entonces, capaz de ocupar el lugar (punto de vista y percepción) de otro antes de, finalmente, adherir a los principios mismos de la justicia. La importancia que J. Rawl concede al amor y a la amistad en el desarrollo moral del niño entra en contradicción con el lenguaje de la elección racional que usa a lo largo de su teoría de la justicia. Pero eso no es todo. Susan Moller Okin subraya otro problema inherente a esa teoría de la justicia como tal. En efecto, todas las etapas del desarrollo moral del niño dependen del presupuesto según el cual “la institución familiar es justa”. Hipótesis que parece frágil y fácilmente cuestionable.

Sin embargo, esto no alcanza para invalidar una teoría de la justicia que, más bien, parece incompleta. Para S. M. Okin, una nueva lectura de la “posición original” de J. Rawls permitiría superar las divisiones entre una ética de justicia universalista y una ética del *care* atenta a las diferencias.

Haremos un pequeño paréntesis para recordar algunas de las características de la “posición original” de J. Rawls (Canto-Sperber, 1996): en la situación hipotética definida por la “posición original”, los individuos, racionales y mutuamente desinteresados, son ubicados detrás de un “velo de ignorancia”. No conocen ni su posición social, ni su identidad, ni sus talentos, ni sus gustos, etc. Dentro de los límites impuestos por estas condiciones que les impiden actuar de manera parcial e interesada, deben seleccionar los principios de justicia que los gobernarán en su vuelta al mundo real. En estas condiciones de incertidumbre, los mejores principios serán los que protegen los derechos fundamentales de manera equitativa (lo que se denomina el primer principio de la justicia) y que autorizan desigualdades solamente en tanto benefician a los más desventajados (principio de la diferencia).

Sin embargo, según la lectura que S. M. Okin hace de la teoría de J. Rawls, considerando la ausencia de informaciones sobre sus propias características, los ocupantes de la “posición original” no pueden pensar a partir de “ninguna parte”, deben hacerlo a partir de la posición de todos y de cada uno -ser capaces de “ponerse en su lugar”-. Así, J. Rawls tan sólo

puede apoyarse en la empatía y en la atención y preocupación igual para todos si quiere que los ocupantes elijan efectivamente ciertos principios como, por ejemplo, el principio de la diferencia. La teoría de la justicia de J. Rawls es mejor interpretada como una teoría fundada sobre la noción de preocupación igual de uno por los otros, en la cual la empatía y la consciencia de las diferencias son componentes cruciales, que como una teoría del “desinterés mutuo”. S. M. Okin recuerda que John Rawls mismo lo reconoce cuando dice que “la combinación del desinterés mutuo y del velo de ignorancia llevan más o menos a los mismos resultados que la benevolencia” (Okin, 1989/2005:117); aunque considere la benevolencia demasiado compleja para que se pueda elaborar una teoría.

Sin embargo, reconoce S. M. Okin, la imparcialidad de los ocupantes de la posición original los unos con respecto a los otros es probablemente una exigencia necesaria para trazar y construir una *teoría* de la justicia; pero para que las personas verdaderas puedan actuar como si estuvieran en la posición original, hace falta que tengan aptitudes a la empatía, a la atención y preocupación por los otros y no solamente una racionalidad instrumental.

Susan Moller Okin no es la única autora en cuestionar, en un mismo movimiento, el enfoque dominante por la teoría de la justicia, por una parte, y la dicotomía entre *care* y justicia, por otra. El artículo de Marilyn Friedman, por ejemplo, anterior en dos años, defiende la complementariedad, inclusive el entrelazamiento, entre *care* y justicia (Friedman, 1987): así los individuos que se tratan con justicia pueden preocuparse los unos por los otros; y, de manera inversa, en sus relaciones personales, los individuos tienen derecho a cierto tipo de tratamiento en el cual las preocupaciones de justicia resultan pertinentes. Ilustra esta última idea con algunas nociones significativas: la de *justicia distributiva*: la relación interpersonal es analizada como un sistema social en miniatura en el cual la justicia reclama una repartición equitativa de los beneficios y de las cargas de la relación (con los riesgos ligados a la violación de estas exigencias de justicia); la de *justicia correctiva*: las relaciones de confianza y de intimidad crean vulnerabilidades cuyo abuso puede reclamar “reparación”; o la justicia necesaria a las relaciones que implican una diferencia de madurez, de capacidad y de poder (por ejemplo, las relaciones entre adultos-padres y niños). Estamos en presencia de problemas morales que han de ser analizados como problemáticas que articulan el *care* y los principios de justicia⁷.

7 En el mismo orden de ideas, Carol Gilligan estima, en una entrevista realizada en el 2009, que hace falta enfrentar las “preguntas verdaderas”, o sea: “cómo las cuestiones de justicia y de derechos se cruzan con las cuestiones de *care* y de responsabilidad. La conminación moral de no oprimir -de no ejercer injustamente un poder o abusar de los otros- es indisociable de la conminación moral de no abandonar -de no actuar de manera inconsiderada- y negligente, de no traicionar, inclusive a uno mismo” (Molinier y Paperman, 2009).

La lectura que ofrece S. M. Okin de la teoría rawlsiana del sujeto moral permite insertar en el seno de la reflexión sobre el *care*, la familia y las relaciones de igualdad -o de ausencia de tales relaciones- que la sostienen. Este tema ha sido retomado y profundizado por Claude Gautier y constituye uno de los aspectos del *care* directamente vinculado con investigaciones que se pueden realizar desde las ciencias sociales (Gautier, 2005).

C. Gautier reconstituye la genealogía de las concepciones liberales y conservadoras de la articulación entre familia y sociedad, permitiéndole al lector hallar cómo ha sido posible, para cada una de estas tradiciones (representadas por Locke y Filmer), acomodarse de la ausencia de igualdad dentro de la familia sin tener que renunciar a la idea de igualdad política entre “ciudadanos plenamente constituidos” en el seno de la sociedad. Sin embargo, no son “ciudadanos plenamente constituidos” todos los miembros de la sociedad. Inclusive para la tradición liberal, la construcción social del espacio político de las sociedades modernas abarca las relaciones entre individuos libres de sexo masculino. No obstante los presupuestos de J. Rawls que presentaban a la familia como una institución «justa» por definición, las relaciones dentro de la familia, entre sus miembros, suelen ser desiguales y su estructura, fuertemente marcada por características de género, constituye un factor de desarrollo y de reproducción de las desigualdades. Para este autor, la problemática del *care* permite esclarecer el estatus político de la familia y ofrecer una descripción más pertinente de las configuraciones relacionales que la constituyen. Si, como lo sugiere S. M. Okin, la empatía, la preocupación y atención hacia los otros, así como la capacidad de ponerse en su lugar, aparecen como las condiciones de posibilidad de la posición original de J. Rawls, la familia se ubica en el corazón de este dispositivo en tanto que autoriza la multiplicación de las experiencias a partir de las cuales la aptitud a ser sensible a las diferencias se consolida. “Ponerse en el lugar de” requiere la igualdad entre los miembros de la familia. El desarrollo de los sujetos morales dentro de la familia hace de esta última un problema inmediatamente político. Así, retomando P. Paperman y S. Laugier, la familia constituye el primer paradigma para pensar en la preocupación hacia los otros. La familia “donde comienza la vida humana, con el cotidiano de los cuerpos, el afecto y sus fallas, el aprendizaje de la preocupación hacia el otro (...) o su fracaso, la educación moral del futuro miembro de la sociedad” (Laugier y Paperman, 2005:12).

3. *Care*, género y análisis del *care* como trabajo

Además de ser diversas, las problemáticas asociadas a enfoques en términos de *care* están íntimamente ligadas entre ellas, razón por la cual las que hemos presentado (ya sea la dicotomía entre *care* y justicia, o la

hipótesis que asocia la “voz diferente” a una diferencia de género) aparecen intrincadas en gran parte de los textos. Así como se pueden buscar las desigualdades de género que gravan el desarrollo de una sociedad de ciudadanos iguales, se puede, en vez de asociar la “voz diferente” observada por Carol Gilligan a una ética femenina, indagar las causas de su existencia. “Cuando sugiere, escribe Joan Tronto, que una ética del *care* está ligada al género, Gilligan excluye la posibilidad del *care* como ética creada, en la *sociedad moderna*, por *condiciones de subordinación*” (Tronto, 1987/2005:27)⁸. La posibilidad de asociar las diferencias morales observadas a causas sociales amplía significativamente las implicaciones de la ética del *care*. Según J. Tronto “así como las mujeres blancas, los hombres y mujeres de las minorías ocupan posiciones muy diferentes en el orden social, todos ocupan de manera desproporcionada los roles destinados al cuidado de los otros en nuestra sociedad. Así, los roles sociales ocupados por estos grupos facilitan su acceso a una ética del *care*” (*ibid.*: 32). Hipótesis que equivale a introducir las diferencias y las desigualdades -inclusive de género- y su dimensión política, en los debates, alejándose de una explicación en términos de una diferencia de orden moral entre hombres y mujeres.

Tal como lo hemos mencionado, la hipótesis que asocia la diferencia de voz a una diferencia de género ha sido muchas veces recusada e invalidada, sin embargo, la hipótesis de la “voz diferente” de C. Gilligan es, como tal, válida. Esta postura es compartida por Marilyn Friedman que defiende la necesidad de “desmoralizar el género” a partir del momento en que, comprueba esta autora, “la moral es *gendered* [marcada por el género]”; y los “géneros son moralizados” (Friedman, 1987/2005). En efecto, se asocia a los hombres y a las mujeres normas y valores morales distintos, que conforman estereotipos, mitos y símbolos que contribuyen a la construcción social de los géneros. Existe una “división del trabajo moral” según el género que encuentra su explicación en los desarrollos relativos a la familia, al Estado y a la economía⁹. Así como la justicia y el derecho estructuraron normas, valores y virtudes morales masculinas, la sensibilidad, la atención y preocupación por los

8 Podemos, sin embargo, observar que la subordinación aparece en los trabajos de Gilligan a través de la postura crítica adoptada para con el patriarcado. Así, explica: “No podemos seguir hablando de género, término por demás neutro y académico, sin hablar de patriarcado -de un orden organizado en torno al género- en el cual la estructuración de la autoridad se construye sobre la dualidad y la jerarquía de género. El patriarcado impone una dicotomía de género (...) y perpetúa una jerarquía de género (...). En este universo *gendered* del patriarcado, el *care* es efectivamente una ética femenina, que refleja la dicotomía de género y la jerarquía del patriarcado” (Moliner y Paperman, 2009).

9 “Los hombres monopolizaron las actividades del gobierno, de la regulación del orden social y de la gestión de otras instituciones públicas, mientras las tareas de mantenimiento de las relaciones personales privadas fueron impuestas o dejadas a las mujeres” (Friedman, 1987/2005:55).

otros definieron las normas y virtudes femeninas, de manera que cada uno, el hombre como la mujer, esté preparado para sus ámbitos respectivos de capacidades y competencias socialmente definidas. Si los resultados de C. Gilligan responden a las experiencias de muchos sujetos, es justamente porque estas experiencias están en parte formadas por estos estereotipos, mitos y virtudes morales asociadas al género. Más que voces diferentes, C. Gilligan habría desentrañado, según M. Friedman, la voz moral *simbólicamente* femenina de la voz moral *simbólicamente* masculina cuando, en la realidad concreta, estas dos preocupaciones morales de justicia y de *care* están intrincadas.

Hemos observado algunas de las dimensiones políticas de los enfoques en términos de *care*. Permiten reflexionar acerca de una “micro-política” de los arreglos entre familiares¹⁰, o de las relaciones de poder y de dominación cuando se cruzan con otras dimensiones como el género, la pertenencia de clase o la de “raza”. Si asociamos, como lo proponen autoras como Patricia Paperman (2005) y Pascale Molinier (2005b, 2006), el *care* al *trabajo de la dependencia*, podemos trazar las orientaciones de un análisis sociológico enmarcado dentro de una perspectiva del *care*. Para ello, es necesario cumplir con dos condiciones. La primera consiste en identificar el *care* como un trabajo que falta describir, teorizar, formalizar. La segunda busca reconocer la *dependencia* y la *vulnerabilidad* como rasgos centrales de la existencia humana -el *homo vulnerabilis*, como lo define P. Molinier-; concepción que se opone a los valores de autonomía y de independencia tan fuertemente valorizadas por las sociedades occidentales. Tal enfoque daría “acceso a una reseña de una distribución del trabajo de la dependencia que destaca las injusticias, así como al sentimiento de injusticia que tal organización produce en las *caregivers* confrontadas a las consecuencias de la crisis (del *care*) sobre las personas dependientes y sobre sus propias vidas” (Paperman, 2005: 292); sabiendo que el trabajo de la dependencia tiende a ser muy desvalorizado, y asumido por mujeres, de clases populares, o migrantes, o las tres a la vez.

Cuando menciona la “crisis del *care*”, P. Paperman hace referencia a las importantes dificultades que afrontan, particularmente, las sociedades “desarrolladas” cuando, por un lado, quienes tenían a cargo las funciones del cuidado en el espacio doméstico, las mujeres “cuidadoras naturales”, ingresan al mercado laboral, mientras, por otro, las sociedades conocen un envejecimiento importante de sus poblaciones. Esta crisis, agrega P. Paperman, no es local sino global, como lo ilustran las ca-

10 Autores que han estudiado el tema de la familia desvelaron su dimensión política (p.e. Donzelot, 1977). Para Elisabeth Jelin, “La unidad doméstica (...) es una organización social, un microcosmo de relaciones de producción, de reproducción y de distribución, con una estructura de poder y con fuertes componentes ideológicos que cementan esa organización y aseguran o ayudan a su persistencia y reproducción, pero donde también hay bases estructurales de conflicto y lucha” (Jelin, 1984:34).

racterísticas de la inmigración femenina: mujeres en busca de trabajo llegan de Asia, de Europa del Este, de África para ser empleadas domésticas, niñeras o cuidadoras. Ayudan a reducir el déficit de *care* en los países ricos, pero aumentado el de sus propios países (*ibid.*: 292). Los países “desarrollados”, confrontados a la “crisis del *care*” y a tasas importantes de desempleo, buscan institucionalizar el trabajo del *care*, creando empleos que conservan las características de un empleo precario, desvalorizado y femenino. Tanto la migración del *care* y sus consecuencias en los países de origen y de llegada, como las políticas de empleo y la profesionalización de los empleos del *care* originaron cuantiosos estudios. Representan un eje importante del análisis del trabajo desde una perspectiva de género.

Retomando la vertiente más teórica del *care* como práctica cuya ética nace en posiciones sociales subalternas (Molinier, 2006), presentaré los análisis realizados por Elsa Dorlin, filósofa, y por Pascale Molinier, psicóloga, investigadora en psicodinámica del trabajo.

Elsa Dorlin se sitúa inmediatamente en una perspectiva que, como la de J. Tronto, asocia el *care* al efecto de una posición social subordinada, introduciendo de esta manera una dimensión política en el corazón de la reflexión moral. La ética del *care* se articula a una división sexual del trabajo sumada, a su vez, a una jerarquía de clase, lo que E. Dorlin propone analizar desde la división del trabajo de las mujeres -y entre las mujeres- en el espacio doméstico (Dorlin, 2005).

Escoge como punto de partida la historia de la domesticidad en los Estados-Unidos a partir de la cual traza una genealogía de la moral burguesa, y analiza cómo las normas de género contribuyeron a asegurar las condiciones materiales de una moral de clase. Permite captar y analizar históricamente la imbricación entre las relaciones de clase, de género y de color o de nacionalidad. Estas relaciones resultan particularmente pertinentes cuando recordamos que una parte no menor del trabajo del cuidado es realizado por mano de obra inmigrada o perteneciente a las llamadas “minorías”, afroamericana e hispana en los Estados Unidos; africana y magrebí en Francia, filipina en todos los países, latinoamericana en España, peruana y paraguaya en Argentina, etc.¹¹

La historia de la domesticidad en los Estados-Unidos analizada por E. Dorlin permite ver hasta qué punto las normas de género se definen tanto con respecto a la masculinidad, como en base a las relaciones de poder entre mujeres, en su estudio, entre mujeres blancas amas de casa y mu-

11 Por ejemplo, según A.R. Hochschild, 40% de las trabajadoras que trabajan legalmente en la economía doméstica de los Estados-Unidos nacieron afuera de ese país (Hochschild, 2004). En Francia, François-Xavier Devetter, Florence Jany-Catrice et Thierry Ribault observan, en un estudio reciente, que la tasa de 40% de empleados de casa (y 20% de ayudas domiciliarias) hijos de extranjeros -cifras aportadas por una « Encuesta Empleo »- está subvalorizada, lo que confirmarían las numerosas investigaciones cualitativas (Devetter, Jany-Catrice y Ribault, 2009).

jeros negras domésticas. Mientras los estereotipos de la doméstica negra (la “mammy” sudista, jovial y de edad indefinida) se encuentran en desfase con respecto a las normas de la feminidad en vigor hasta mediados del siglo XX (la mujer delgada, elegante, piadosa, de hogar burgués y confortable), las tareas que le incumben aparecen como la condición indispensable para que las amas de casa puedan alcanzar este ideal de feminidad. Dicho de otra manera, y retomando la hipótesis inicial de la autora, “la economía del cuidado, realizado por ciertas mujeres, es la condición material de la ética del *care*, encarnada por otras mujeres” (Dorlin, 2005:90).

Por otra parte, el espacio doméstico como espacio propio de las mujeres -de *todas* las mujeres- es usado para implementar estrategias de diferenciación entre la mujer ama de casa blanca y la doméstica negra. Podemos citar, como ejemplos, la organización y división de las tareas (tareas livianas y decorativas vs trabajo físicamente pesado o “sucio”) o la diferenciación vestimentaria (el uniforme que identifica y separa quién sirve de quién es servido). Tal división del trabajo de las mujeres sólo pudo imponerse gracias a una ideología donde se cruzan dominación social, dominación de género y racismo. Ideología que todavía sostiene, en las grandes empresas de servicio doméstico de los Estados-Unidos, la atribución de predisposiciones “naturales” a las trabajadoras en la economía del cuidado en función del color de su piel o de su nacionalidad (la “buena” doméstica mexicana y la “buena” niñera negra).

Estas trabajadoras se ven explotadas por los hombres y por las mujeres que las emplean en nombre de una norma de la feminidad que se construye en base a la “raza”, lo que la autora nombra “norma ‘racializada’ de la feminidad”¹². A esa explotación se suma la captación de los privilegios y recursos éticos y simbólicos provenientes de este trabajo femenino por parte de las empleadoras con pleno goce de su posición dominante.

En respuesta a estas normas “racializadas” o “etnicizadas” de la feminidad, que excluyen la mujer doméstica negra, y la mujer negra en general, de la feminidad tal como se construye y legitima, se desarrollan estrategias de resistencia por parte de los grupos dominados. El movimiento *Black Feminism* y su reapropiación de una feminidad desviante es un ejemplo que la autora desarrolla en otras publicaciones (Dorlin, 2007).

Para Elsa Dorlin, es en el juego perverso que constituyen la atribución y la distribución de identidades de género diferenciadas según normas “racializada”, entendidas como recursos políticos, que se sitúa uno de los desafíos mayores de los debates sobre la ética del *care* en el feminismo contemporáneo.

Pascale Molinier, por su lado, asocia de manera más directa el *care* a un *trabajo* y sobre esta base se construye su investigación. Así, la autora afirma que más que una disposición o una ética, el *care* es antes que nada

12 Ver también Arlie Russell Hochschild (2004).

un *trabajo*. “Cuidar del otro, no es pensar en el otro, preocuparse por él de manera intelectual o hasta afectiva, no es necesariamente amarlo, por lo menos en primera instancia, es hacer algo, es producir un trabajo que participe directamente del mantenimiento o de la preservación de la vida del otro” (Molinier, 2006). Retomando las características anteriormente señaladas, se trata de un trabajo que tiene como particularidad de responder a las necesidades propias de las relaciones de *dependencia*. Es un trabajo directamente ligado a la dependencia y al reconocimiento de la *vulnerabilidad* de todos y cada uno y para el cual no se puede “disociar las tareas materiales del trabajo psicológico que implican” (Molinier, 2005b); es un trabajo que afronta plenamente lo que, en nuestras sociedades, se presenta como un tabú: lo relacionado al cuerpo, a las deyecciones, a las “fantasías”, a la sexualidad, a la parte indecente de nuestras existencias asimilada a una suerte de decadencia y ubicada del lado de la excepción más que de la normalidad.

La dificultad que existe en captar la experiencia concreta de las trabajadoras -en el caso estudiado se trata de enfermeras y auxiliares de cuidado- está ligada a cuatro características de su trabajo: su invisibilidad, su naturalización como tarea naturalmente femenina, su difícil expresión discursiva y las defensas viriles dominantes que impiden que se pueda escuchar la voz de las trabajadoras sobre el escenario público.

En realidad, los contextos en los que se desarrolla el trabajo del *care* pueden ser extremadamente variados. En instituciones o a domicilio, con personas válidas o enfermas y muy dependientes, de manera gratuita o remunerada. Podemos citar como ejemplo, el enfermero o la enfermera, la niñera, el o la auxiliar de cuidado hospitalario, los cuidadores domiciliarios, etc. Retomando este último ejemplo, las situaciones son extremadamente diversas entre, a un extremo, la cuidadora con horarios establecidos, empleada del sector social y público, declarada, con una agenda precisa y varios beneficiarios diarios y, al otro extremo, la cuidadora que trabaja “con cama” (o dedicación exclusiva), y vive día y noche al ritmo y en función de un solo beneficiario. A pesar de esta extrema variedad, existen, según Pascale Molinier, aspectos comunes que cruzan las diferentes situaciones, como su invisibilidad intrínseca, el difícil tema del afecto, o la relación -jamás neutra- al cuerpo del otro.

La invisibilidad del trabajo no está únicamente ligado a su desempeño en el espacio privado por mujeres cuyas capacidades y conocimientos se encuentran naturalizados. Más fundamentalmente aún, esa invisibilidad aparece como la *condición* para que su actividad se realice exitosamente. El trabajo del *care* exige el uso y desempeño de “habilidades discretas”, que deben permanecer discretas y que tan sólo encuentran visibilidad cuando fallan (sonrisa que desaparece, gesto mecánico, respuesta diferida, etc.). Requiere la capacidad de anticipar la necesidad antes de que exista como tal. Así, la enfermera le alcanza al cirujano la herramienta adecuada antes de que tenga que pedirla, la cuidadora tapa

al anciano antes de que sienta frío o deja su vaso de agua al alcance de su mano, la empleada doméstica limpia la oficina del investigador sin desordenar los papeles, la maestra de jardinería calla los primeros pasos del niño para que los dé en presencia de sus padres, etc. Estos saberes discretos, intrínsecos al trabajo del cuidado, conllevan un déficit crónico de visibilidad y de reconocimiento. Ante el posible sufrimiento ligado a ese déficit, las trabajadoras implementan estrategias diversas, colectivas o individuales.

Otro factor importante y no menos complejo que participa de la invisibilidad del trabajo, proviene del lugar que ocupa el tema del afecto. El afecto, el amor, la simpatía, no son ni naturales, ni evidentes, ni primeros en la relación. Sin embargo, aparece como un elemento valorado tanto por las familias como por las propias trabajadoras. Incluso en una contribución del Manual de Cuidadores Domiciliarios de la Secretaría de Desarrollo Humano y Familia (Argentina), podemos leer: “en la práctica, la diferencia [entre asistir y cuidar] pasa por la palabra amor... El que asiste sirve, el que cuida *sirve con amor*...”¹³. Sin embargo, ni todas las cuidadoras sienten o valoran igualmente el afecto hacia los beneficiarios de su trabajo, ni cada una “quiere” igualmente a sus diferentes beneficiarios. El afecto puede ocultar para unas la relación desigual de dependencia y, para otras, hace más soportable las obligaciones. Aparece tan central como ambiguo.

En múltiples ocasiones, las entrevistadas¹⁴ presentan la necesidad 1) de querer ese trabajo para poder hacerlo y, 2) de querer al anciano para poder trabajar y cuidarlo. Estas dos orientaciones del afecto nos permiten plantear una doble hipótesis: ¿el trabajador se encariña con el beneficiario por simpatía y por el tiempo pasado juntos o será necesario “encariñarse” para poder realizar el trabajo (marcado por la promiscuidad, la dependencia a veces absoluta, el encierro, etc.)? Las dos hipótesis son probablemente ciertas y, sobretodo, íntimamente ligadas. De la misma manera, ante la observación de una estudiante-trabajadora que recuerda haberse dado cuenta, un día, que le ponía “amor” a la tarea de ordenar el cuarto de los niños de sus empleadores a pesar de que se trate ni de su casa ni de sus hijos, P. Molinier se pregunta si ese “amor” nace de la similitud entre ordenar la casa ajena y las cosas de los niños y esa misma tarea realizada en su propia casa, o si estamos frente a una actividad que sólo puede realizarse correctamente si se le pone “amor”. Ante esa pregunta, la autora privilegia la segunda hipótesis (Molinier, 2005a). El cuidado cotidiano no precisa solamente de las habilidades técnicas, “comportan una dimensión psicológica y necesitan, para ser correctamente realizados, efectuarse

13 Hugo Valderrama (2003:229) (subrayado por ego). El autor escoge una cita de Jáuregui según la cual “el velar que es atenta vigilia, es serena imagen del amor” (ibid.).

14 Hacemos referencia a entrevistas realizadas con cuidadoras domiciliarias para ancianos (argentinas y extranjeras) en la ciudad de Buenos Aires para una investigación de posdoctorado (FLACSO-CONICET).

con simpatía, interés para con el otro, hasta con cariño” (*ibid.*:25). El “amor” aparece como una defensa, una manera de preservarse en una situación de trabajo y de explotación muy particular. Su ausencia es presentada por las trabajadoras como frustrante y el trabajo descrito con monotonía; el “exceso” de amor parece contener, asimismo, futuras frustraciones (“ya no quiero trabajar con niños” dice Juana mirando la fotos de los dos niños que cuidaba, junto a otra foto con sus propios nietos; para Celia: “después del Sr. Aníbal, ya nunca fue lo mismo”, etc.¹⁵). Para Arlie Russell Hochschild, en su trabajo sobre las madres migrantes filipinas que trabajan de niñeras en los Estados-Unidos, se produce una suerte de “re-orientación” del amor de las madres separadas de sus hijos y en situación de profunda soledad hacia los niños estadounidenses que cuidan: la mundialización del amor materno, es el nuevo oro del mundo (Hochschild, 2004). Esta autora, con otros que siguieron sus pasos, intentan analizar las emociones y las expresiones emotivas en el trabajo y en las organizaciones desde la sociología de las emociones¹⁶.

Otro motivo de invisibilidad, según P. Molinier, proviene de la dificultad de transmitir públicamente los saberes y conocimientos, porque estos saberes demuestran, en primer lugar, que la norma es la vulnerabilidad y, en segundo lugar, que esta norma es, además, “torcida”, ambas realidades que desafían la acepción dominante. ¿Cómo verbalizar públicamente estas actividades? Confrontadas a las particularidades de su actividad, el «trabajo sucio», a las subjetividades torcidas, a las derivas de la afectividad, las trabajadoras no pueden, para hablar de su trabajo, hacer uso de generalizaciones sino recurrir a una serie de historias que, compartidas entre pares, permitirán formular lo informulable hasta lograr constituir colectivamente una ética común donde se elaboran las fronteras de la transgresión y los criterios de lo que define un “buen trabajo”. Estos relatos no pueden hacerse públicos sin que exista el riesgo de suscitar el rechazo y la censura (Molinier, 2005).

Pascale Molinier interpreta así el desencuentro que hubo entre el Estado francés y las enfermeras a fines de los años 80 (Molinier, 2008; Kergoat, 1992). Hace falta, para la autora, tomar en cuenta que Estado y enfermeras se expresaban sobre planos diferentes, político y práctico, mas también desde registros defensivos incompatibles: la imposible modelización de su experiencia así como el reconocimiento de la vulne-

15 Deberíamos agregar el tema de fracaso inherente a las actividades de cuidados a personas muy enfermas o muy ancianas ya que, sea como sea, terminarán con la muerte de la persona cuidada (además de la pérdida del empleo). Ante el inevitable fracaso, y los riesgos de frustración, las trabajadoras se protegen mediante estrategias, como, por ejemplo, la auto-imposición de diversas metas realizables y potencialmente satisfactorias o muy satisfactorias.

16 El primer paso fue dado por Arlie Russell Hochschild, en 1983, con la publicación de su libro *The Managed Heart*, en Berkeley, por la University of California Press. Ver sus trabajos o, entre otros, los de Angelo Soarez, de la Universidad del Quebec. Ambos publicaron en la revista N° 9 de la revista *Travailler* en el año 2003 (Hochschild, 2003; Soarez, 2003).

rabilidad no podían resultar audibles del punto de vista de las defensas viriles dominantes que se elaboran justamente a partir de la negación de la vulnerabilidad propia y la desvalorización de la vulnerabilidad ajena.

P. Molinier recuerda, en conclusión de su contribución al libro de P. Paperman y S. Laugier, que el *care* no está enraizado en la naturaleza humana sino que es producto de un esfuerzo colectivo y de una cultura del cuidado que puede desaparecer. De ahí las derivas siempre posibles y preocupantes de un enfoque gestor del hospital que no solamente dejaría de reconocer al *care* sino cuya organización del trabajo ya no permitiría que pueda procesarse el sufrimiento propio de la actividad (Molinier, 2008), abriendo de esta manera la puerta a formas de maltrato instituido. El *care* y sus dimensiones materiales y psicológicas deben ser objetos de un enfoque pluridisciplinario cuyas tareas, entre otras, consistiría en reconocer las torsiones de la subjetividad, la vulnerabilidad compartida, la parte de “trabajo sucio”, la incidencia de la organización del trabajo sobre el trabajo del *care*, o las defensas colectivas y dominantes a las cuales las *caregivers* se verán confrontadas.

Conclusión

En este artículo, nuestro propósito fue doble: presentar a grandes rasgos las teorías del *care* y sus múltiples implicaciones, e indagar algunos de sus desarrollos actuales desde la perspectiva del *care* considerado como un trabajo, con sus características propias. El *care*, término tan polisémico, como lo hemos visto, cruza las diversas disciplinas de las ciencias humanas, sociales y médicas; y en cada una de ellas moviliza una diversidad de especialidades. Hablamos de psicología moral, de filosofía política, de sociología -y ahí, por ejemplo, de sociología del trabajo, de sociología moral, de sociología de las emociones, de sociología del género y de la familia-, etc. A la polisemia del término responde una polisemia del concepto y de sus aplicaciones, como lo muestran las disciplinas y enfoques cubiertos y la multiplicidad de los trabajos realizados.

Esa diversidad, puede desanimar o llevar a la búsqueda de definiciones más restrictivas que permita su mejor manejo. Joan Tronto, por lo contrario, es de los autores que defienden su gran alcance cuando propone una teoría holística del *care*¹⁷. Sea como sea, no deja de cuestionar-

17 Así, esta autora le da, al *care*, una definición muy amplia apta para cuestionar los fundamentos políticos de nuestras actividades y maneras de ser. El *care* es “una actividad característica de la especie humana, que cubre todo lo que hacemos con objetivo de mantener, perpetuar y reparar nuestro “mundo”, para que podamos vivir en él lo mejor posible. Este mundo comprende nuestros cuerpos, nuestras personas (*selves*) y nuestro medio ambiente, todo aquello que intentamos mantener unido en la compleja red que sostiene la vida” (Tronto, 1993, p. 103), igualmente citada en (Garrau, 2008).

nos cuando penetra el cotidiano legitimado de la justicia, de la familia, del trabajo o de la democracia.

Como estudiosos del trabajo, la problemática de *care* ligada al trabajo y a los trabajadores retuvo nuestra atención. Ahí también los enfoques y análisis son diversos, y abarcan desde el estudio de las migraciones laborales, de las políticas públicas, de la profesionalización, de la organización, de la dominación, hasta las tareas, representaciones y reacciones subjetivas de los trabajadores con su trabajo. A través de estos posibles y múltiples enfoques, existe una constante: es un trabajo en su gran mayoría realizado por mujeres, migrantes o de clases populares, que goza de poca visibilidad y reconocimiento y que, caracterizado por la relación al otro, moviliza diversos y particulares aspectos de la subjetividad. Es un trabajo que cuestiona directamente la articulación entre las dimensiones de clase, de género y de raza. Desplaza las fronteras entre lo público y lo privado, lo normal y lo patológico, la distancia y el afecto, lo íntimo propio y ajeno. Intentamos, a lo largo de la tercera parte, mostrar esta gama de problemáticas. Son algunas de las pistas de los desarrollos presentes y futuros en torno al *care* como trabajo, trabajo discreto pero indispensable, agarrado entre su naturalización en competencias “femeninas” y su necesaria profesionalización, que se mundializa movilizand o trabajadoras de “Sur” a “Norte”, ensanchando las disparidades entre países y regiones, un trabajo técnico y afectivo, cuyos impactos económicos, políticos, familiares pero también subjetivo, son muy profundos y, finalmente, no tan “discretos”.

Bibliografía

- Canto-Sperber, Monique (éd.) (1996). *Dictionnaire d'éthique de philosophie morale*, Paris, PUF.
- Dejours, Christophe (2000). *Travail, usure mentale. Nouvelle édition augmentée*, Paris, Bayard, 1980. Traducción: *Trabajo y desgaste mental. Una contribución a la psicopatología del trabajo*, Ed. Humanitas, Buenos Aires, 1996.
- Devetter, François-Xavier; Jany-Catrice, Florence y Ribault, Thierry (2009). *Les services à la personne*. Paris, La Découverte.
- Donzelot, Jacques (1977). *La police des familles*. Paris, Les Editions de Minuit.
- Dorlin, Elsa (2005). «Dark care, de la servitude à la sollicitude». In: Laugier, Sandra y Paperman, Patricia -dir.- (2005). *Le souci des autres. Éthique et politique du care*. Paris, Raisons Pratiques, EHESS, pp. 87-97.
- Dorlin, Elsa (ed.) (2007). *Black Feminism - Anthologie du féminisme africain-américain, 1975-2000*. Paris, L'Harmattan.

- Fraser, Nancy (2005). *Qu'est-ce que la justice sociale?? Reconnaissance et redistribution*. Paris, La Découverte.
- Friedman, Marilyn (1987). "Beyond caring: the de-moralization of gender". *Canadian Journal of Philosophy*, pp. 258-273. Traducción de Bruno Ambroise: "Au-delà du *care*: dé-moraliser le genre". In: Laugier, Sandra y Paperman, Patricia -dir.- (2005). *Le souci des autres. Éthique et politique du care*. Paris, Raisons Pratiques, EHESS, pp. 51-72.
- Garrau, Marie (2008). «Care (Éthiques et politiques du)». In: V. Bourdeau et R. Merrill (dir.). *DicoPo, Dictionnaire de théorie politique*. [Http:// www.dicopo.org/spip.php ? article101](http://www.dicopo.org/spip.php?article101). Consultado: 01/06/2009.
- Gautier, Claude (2005). "Care et justice au sein de la famille". In: Laugier, Sandra y Paperman, Patricia -dir.- (2005). *Le souci des autres. Éthique et politique du care*. Paris, Raisons Pratiques, EHESS, pp. 127-154.
- Gilligan, Carol (1982). *In a different voice. Psychological theory and women's development*. Cambridge, Harvard University Press.
- Gilligan, Carol (2008). *Une voix différente. Pour une éthique du care*. Paris, Flammarion, 1982.
- Hochschild, Arlie Russell (1983). *The Managed Heart*, en Berkeley, por la University of California Press.
- Hochschild, Arlie Russell (2003). "Travail émotionnel, règles de sentiments et structure sociale". *Travailler*, N° 9, pp. 19-49.
- Hochschild, Arlie Russell (2004). "Le nouvel or du monde", *Nouvelles questions féministes*, vol. XXIII, N° 3.
- Jelin, Elisabeth (1984). *Familia y unidad doméstica: mundo público y privado*, Buenos Aires, CEDES.
- Kergoat, Danièle *et al.* (1992). *Les infirmières et leur coordination 1988-1989*. Paris, Editions Lamarre.
- Laugier, Sandra y Paperman, Patricia -dir.- (2005). *Le souci des autres. Éthique et politique du care*, Paris, Raisons Pratiques, EHESS.
- Molinier, Pascale (2005a). "De la condition de bonne à tout faire au début du XXème siècle à la relation de service dans le monde contemporain: analyse clinique et psychopathologique". *Travailler*, N° 13, pp. 7-33.
- Molinier, Pascale (2005b), «Le care à l'épreuve du travail. Vulnérabilités croisées et savoir-faire discrets». In: Laugier, Sandra y Paperman, Patricia -dir.- (2005). *Le souci des autres. Éthique et politique du care*. Paris, Raisons Pratiques, EHESS, pp. 299-316.

- Molinier, Pascale (2006). «Le care. Ambivalences et indécences», *Sciences Humaines*, N° 177.
- Molinier, Pascale (2008). “Trabajo y compasión en el mundo hospitalario. Una aproximación a través de la psicodinámica del trabajo”, *Cuadernos de relaciones laborales*, vol. 26, N° 2, pp. 121-138.
- Molinier, Pascale y Paperman, Patricia (2009). “Le care, éthique féminine ou éthique féministe ? Entretien avec Carol Gilligan”. *Multi-tudes*, 2009, 37-38, pp. 136-138.
- Okin, Susan Moller (1989). «Reason and feelings in thinking about justice». *Ethics*, 99, pp. 229-249. Traducción de Bruno Ambrose: “Raison et sentiment dans la réflexion sur la justice”. In: Laugier, Sandra y Paperman, Patricia -dir.- (2005). *Le souci des autres. Éthique et politique du care*. Paris, Raisons Pratiques, EHESS, pp. 101-125.
- Okin, Susan Moller (2008). *Justice, genre et famille*. Paris, Flammarion.
- Paperman, Patricia (2005). “Les gens vulnérables n’ont rien d’exceptionnel”. In: Laugier, Sandra y Paperman, Patricia -dir.- (2005). *Le souci des autres. Éthique et politique du care*. Paris, Raisons Pratiques, EHESS, pp. 281-297.
- Rawls, John (1971). *The Theory of Justice*. Cambridge, The Belknap Press of Harvard University Press. Traducción: *Teoría de la Justicia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979.
- Soarez, Angelo (2003). “Les émotions dans le travail”. *Travailler*, N° 9, pp. 9-18.
- Tronto, Joan (1987). “Beyond gender difference. To a theory of care”, *Signs*, 12 (4), pp. 644-663. Traducción de Bruno Ambrose: “Au-delà d’une différence de genre. Vers une théorie du care”, in Laugier, Sandra y Paperman, Patricia -dir.- (2005). *Le souci des autres. Éthique et politique du care*. Paris, Raisons Pratiques, EHESS, pp. 25-49.
- Tronto, Joan (1993). *Moral Boundaries. A political argument for an ethic of care*. Londres-New York, Routledge.
- Tronto, Joan (2009). *Un monde vulnérable. Pour une politique du care*. Paris, La Découverte, 1993.
- Valderrama, Hugo (2003). «Generalidades conceptuales acerca del arte de curar». *Manual de Cuidadores Domiciliarios*, Ministerio de Desarrollo Social, Presidencia de la Nación, Argentina.

Resumen:

Partiendo de algunos de los debates que suscitaron, en los años 80, las lecturas del libro *"In a different voice"* de Carol Gilligan -principalmente relacionados a la dicotomía entre "care" y "justicia" y a la naturalización del "care" como ética femenina- proponemos aproximarnos a perspectivas actuales que, en Francia, se desarrollan asociando directamente el *care* a una actividad laboral. Dentro del amplio abanico de problemáticas y de disciplinas a las que remite, veremos que el estudio del *care* como trabajo y su desigual distribución nos lleva a reconocer y a analizar, con Elsa Dorlin, las imbricaciones mutuas entre las dimensiones de género, clase y "raza"; a pensar un "trabajo de la dependencia" que, según Paperman o Molinier, impone el reconocimiento de la vulnerabilidad como rasgo humano; trabajo que ha de ser descrito, teorizado y formalizado, cuyo desempeño se caracteriza por su fuerte, e inherente, invisibilidad pública (P. Molinier).

Palabras claves: teorías del *care*, trabajo del *care*, trabajo del cuidado.

Abstract:

Starting from controversies that began in the eighties with the publication of Carol Gilligan's book, "In a different voice" -which were mainly concerned with the dichotomy between "care" and "justice" and the naturalization of "care" as a feminine moral- we examine current French studies that directly associate care and work activity. From among a wide array of activities and disciplines, we'll observe that the study of the care work and its unequal distribution, leads us to recognize and analyze the mutual interweaving of distinct dimensions like gender, class, and "race" (E. Dorlin), as well as to think about a "dependency work" that defines "vulnerability" as a natural human feature (P. Paperman). A type of work, which is characterized by its marked and inherent public invisibility, that must be described, theorized and formalized (P. Molinier).

Key words: care theory, care work.

